

NUEVOS Y VIEJOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA MEXICANA

Coincido con quienes en esta contienda observan ganadores y perdedores relativos, y no ganadores absolutos ni perdedores totales. Para todos hubo. Y no creo que ahí es donde deba estar el debate, sino en torno a lo problemas asociados al desarrollo de la democracia mexicana, que se asoman o reafirman en esta contienda y sus resultados.

Marcos Pineda

El estudio de estos viejos y nuevos problemas, tal cual, así, como simples objetos de estudio, lejos de preferencias partidistas o de orientaciones ideológicas, es lo que puede ayudarnos a comprender el escenario político actual y sus consecuencias en el mediano plazo.

El apasionamiento les ha ganado ya a muchos comentaristas, tanto que se han olvidado de temas relevantes o los han mandado a un segundo plano, enfrascándose en discusiones sin fin, estériles, porque no abonan al desarrollo y consolidación democrática de México, sino sólo al recrudecimiento del debate en sus niveles más bajos. Los temas de la agenda de análisis van más allá de la perpetuación del encono poselectoral. Sin embargo, estos problemas son los que dan pie a las argumentaciones de coyuntura, sin tratar de fondo los temas de trascendencia. Esta vez, habré de poner en la mesa algunos de estos problemas, sobre los cuales esperemos giré en los próximos meses una intensa y profunda discusión. Son varios los nuevos problemas que podemos identificar en la democracia mexicana, a partir de una primera lectura de las recientes elec-

ciones locales y otros tantos los viejos, algunos de ellos tan graves como relevantes. Por un lado, en lo nuevo, las ideológicamente extrañas alianzas, pero pragmáticamente eficaces que resultaron en Oaxaca, Sinaloa y Puebla, la pernicioso utilización de los instrumentos de medición de las preferencias electorales utilizados con toda claridad como una herramienta de marketing político, como salta a la vista en los casos de Hidalgo y Veracruz, el fortalecimiento de la feudalización de la política estatal y la relevancia que cobraron los institutos electorales locales. Por otro lado, entre los viejos problemas, volvemos a ver el caciquismo, la compra de votos y conciencias y el patrimonialismo, entre muchos otros, en torno al ya muy estudiado sistema político, de cariz formalmente democrático, pero todavía con muchos matices de corte autoritario.

Las alianzas resultaron ganadoras, sí, pero no por sí mismas, sino por la conjunción de factores externos a los partidos que las firmaron, para atraer un voto popular que solos no habrían logrado, y por la debilidad del adversario común ante sus divisiones internas, producto del insoluble choque de in-

tereses de grupos, partidarios o personales. Darle seguimiento a las alianzas en el periodo poselectoral y de gobierno será clave para corroborar que su creación, la estrategia que cobijan, no es la de caminar juntos en el futuro, sino debilitar al adversario común para apostar a la recuperación individual hacia 2012. Las alianzas funcionaron, sí, pero bajo ciertas condiciones, difíciles de reproducir en otras entidades federativas. En ninguno de los casos ganadores el candidato provenía de las filas de los partidos que ocupan la segunda y tercera posición en la escena electoral, PAN y PRD, respectivamente, sino de otras fuerzas políticas. El los tres, el adversario común estaba dividido, o muy lastimado a lo largo de la gestión pública, como Puebla y Oaxaca.

Sin embargo, pese a todo, las alianzas funcionaron. Ya sabíamos que incluso hay consultores políticos que recomiendan a sus clientes hacer uso de las encuestas preelectorales como herramientas de marketing político, pero no habíamos llegado al grado de ver el falseamiento tan cínico de las cifras y la violación de las reglas electorales en plena jornada electoral. Por lo regular, la mayoría de las encuestadoras cuidaban lo mejor posible su fama pública. No es posible, si una encuesta está técnicamente bien hecha, que haya tanta variación entre lo que algunos ofrecieron en los resultados de las encuestas de salida y lo que vimos en los programas de resultados preliminares o en el conteo oficial de los votos. No cabe ni la duda razonable. O fueron resultados falseados de manera dolosa o, en el mejor de los casos, estuvieron muy mal hechas. Esta aviesa (¿o deficiente?) forma de utilización de los instrumentos de medición, impensable en las democracias consolidadas, en nada contribuye a la democracia mexicana. Hará falta un replanteamiento de ético, un repensar de la cultura política y medidas para evitar un descrédito mayor a este importante rubro de actividades.

Otro de los temas es el del fortalecimiento de la feudalización de la política local, como nunca antes, los gobernadores, de todos los colores, asumieron la regencia de la competencia política partidaria, llegando a dominar las decisiones hasta de otros partidos distintos a los suyos. La lucha por el poder local llegó al extremo de haber sido asesinado un candidato a gobernador, obviamente por alguien o algún grupo (al que no se le puede denominar de

otra manera más que criminal) al que no le convenía el triunfo de ese candidato. En la antigua manera de entender el presidencialismo mexicano eso jamás hubiese sido siquiera hipotetizado, pues ahora el poder local cuenta y tiene un peso específico en la correlación de fuerzas, no es ya un gobernante local sólo un representante o emisario del presidente en turno, sino el símbolo de un poder ejecutivo actuante, sustantivo, al menos ahí donde no gobierna el PAN.

El papel de los institutos electorales locales ha cobrado una enorme relevancia, tanto así que candidatos y partidos perdedores, miopes por acción u omisión, pero miopes, dedicaron múltiples esfuerzos para debilitar su credibilidad, cuestionándolos al extremo, vigilándolos como si de ellos dependiera el sentido de la votación. Sin duda no sólo fue una elección en las que hubo una enorme cantidad de observadores electorales de los comicios en sí mismos, sino también una inusual observación informal de los árbitros de la contienda. En lo particular pude ser observador de los comicios veracruzanos, donde la mesura y la imparcialidad de los consejeros electorales fue la piedra angular donde se ha podido cimentar un tránsito ordenado y pacífico a la publicación de los resultados finales. Incluso me di a la tarea de seguir sus acciones y actividades públicas, con relación a la contienda electoral, y encontré, por ejemplo, en la presidenta, Carolina Viveros García, y en los consejeros, como Jacobo Domínguez Gudini, un actuar plenamente apegado a los principios de legalidad, certeza, independencia y demás que invocan los ordenamientos electorales. Si hay algo que reprochar, no es con respecto a las autoridades electorales, eso me queda claro.

Por lo que tenemos como muestra, esa fue la tónica en las demás entidades federativas donde hubo elección, lo que debería servir para fortalecer a esas instituciones y no para cuestionarlas, pues para ello harían falta elementos de los que carecen sus destructores.



Marcos Pineda

*Consultor Político y Director General de
Consulting & Research Estadística Aplicada.
consulting.direcciongeneral@prodigy.net.mx*